

Fútbol, violencia infantil y política.

Los actos de violencia en los estadios de fútbol es comparable a la que se da en grandes manifestaciones festivas como los carnavales de Río, o incluso religiosas como en la peregrinación a la Meca. Estos comportamientos de masas o de individuos amparados por la masa, poco tienen que ver con la violencia en el deporte praxis es decir en el terreno de juego.



En todas las sociedades existen espacios de inversión donde se transgreden por unas horas o días las normas sociales y morales vigentes, las borracheras en la noche de fin de año, despedidas de soltero y de solteras, los carnavales o los macroconciertos son algunos de los ejemplos más próximos. En muchas fiestas tradicionales del pasado y en juegos como los precursores del actual fútbol, aparecían de manera habitual situaciones de alta violencia y no era una excepción que hubiesen muertos.

El deporte moderno surgido en Inglaterra en el siglo XIX fue una alternativa de las élites sociales para jugar de forma similar al pueblo llano, compensando el sedentarismo que presidía la vida de los ricos pero sin el riesgo que comportaba participar en los juegos populares. Se suavizan los juegos y se unifican reglamentos para poder jugar entre equipos de diferentes colegios elitistas sin peligro de desgracias físicas. Era un deporte concebido como praxis del sujeto y del grupo de practicantes y no como espectáculo de masas.

De aquí surgen los valores del deporte que Coubertín plasmó en su ideario olímpico. Pero este nuevo *sport* de las élites sociales comienza a practicarse entre las clases populares, generando un interés del público obrero y un espacio donde, a semejanza del circo romano, las ejecuciones públicas del medievo y las de la Revolución Francesa, las masas descargaban sus iras.

Durante un tiempo en Inglaterra este nuevo sport, el fútbol, es practicado conjuntamente por equipos de aristócratas y de obreros que como diría Bourdieu, ansiosos de distinción, imitaban las conductas de las élites sociales. Los primeros equipos de obreros, dadas las peculiaridades del reglamento, no podían ganar a los equipos aristocráticos; pero en la final de Copa del año 1883 los *Old Etonians* eran derrotados por los *Bolton Olympics* (Hobsbawn 1988). Los equipos proletarios que empezaban a profesionalizarse superaban por vez primera los señoritos en un deporte diseñado por y para ellos. Es a partir de este momento cuando los caballeros exuniversitarios se pasan a jugar al rugby y dejan la dirección de los equipos fútbol en manos de empresarios y nuevos ricos que veían en el fútbol una manera de canalizar las iras de las masas obreras a fin de apartarlas de los sindicatos. Algo semejante ocurre en Argentina en 1912 cuando:

«El club exclusivo de la colectividad británica, el Quilmes Athletic Club, gana el campeonato de la entonces Federación Argentina, y en 1913 el torneo fue ganado por Racing Club, equipo formado a partir de un grupo de jóvenes del suburbio industrial de Avellaneda... fue el comienzo del retiro de los equipos británicos que comienzan a refugiarse especialmente en el rugby» Albaces (2002) en *Fútbol y patria*.

Este nuevo fútbol que arrastraba masas y exacerbaba los sentimientos identitarios de la Patria, de la ciudad o del grupo, convertido en espectáculo de masas carecía de todos los valores que se suponía debería tener el sport plasmado en el ideario olímpico y toda la ideología del *fair play* de los *gentlemen* británicos.

El sociólogo inglés Norbert Elias (1897-1990), vinculaba el origen del deporte moderno al proceso de civilización urbana. Las clases sociales dominantes diseñan y transforman juegos populares que se convierten en representaciones miméticas de batallas físicas, codificadas y reglamentadas con el objetivo de evitar el daño físico intencionado entre los contendientes.

A finales de los años 60, tiempos en los que los intelectuales demócratas menospreciaban el deporte por su complicidad con el franquismo, el desaparecido (13 años, ya, este octubre), Manolo Vázquez Montalbán, escribía:

“Es imposible legislar hoy día que el deporte de masas no sea beneficioso para la higiene mental del ciudadano. El poder lo utiliza como un instrumento de alienación interior o de expansión propagandista exterior; pero a otro nivel el deporte de masas es una válvula de escape para malos gases retenidos en el bajo vientre de la sociedad.”

El sociólogo francés Brhom, alineado en la izquierda marxista freudiana considera que el deporte es un elemento más de alienación de la sociedad. No podemos pretender que en una sociedad opresora, el deporte, sea la *rara avis* portadora de todos los valores positivos que quisiéramos para la vida social en general.

De estos tres autores extraemos tres conclusiones:

La primera que el deporte praxis es una forma de liberar la tensión individual en un marco incruento. El deporte de masas es un medio de canalización de la agresividad del espectador y un medio muy adecuado para canalizar frustraciones y reforzar identidades colectivas.

La segunda que si no existiera el espectáculo deportivo, aparecerían otros espacios y ámbitos de “inversión” o tolerancia donde los ciudadanos medios pudiesen liberar sus iras sin generar conflicto social.

La tercera es que no se puede pedir al deporte de masas que goce de una ética y de unos valores diferentes a aquellos que rigen en una sociedad.

No se puede mantener la hipócrita quimera de que el espectáculo deportivo de masas y los deportes populares e infantiles sean realidades sociales semejantes, que deban considerarse portadores de los mismos valores y regularse con las mismas leyes.

La actitud reformista del deporte originaria en Coubertin consideraba el deporte en general como algo casi religioso, portador de valores intrínsecos. Esta visión no es adecuada para analizar el actual deporte, puesto que todas las contradicciones que aparecen en torno a ciertas formas de deporte se consideran desviaciones del modelo. Pensadores como Meynaud, próximo al Partido Comunista defendía la bondad intrínseca del deporte y todos los puntos negros son desviaciones derivadas de su politización. El mismo Cagigal consideraba que existía un deporte puro diferente del deporte espectáculo.

No se podrá avanzar si se discute su esencia o cual es el verdadero deporte. El deporte puro no existe, el deporte es un significante que engloba praxis con significados sociales muy diferentes que tienen como nexo común el movimiento. La Champions y la liga escolar benjamín son fútbol, pero además son realidades sociales que no pueden compararse ni regularse por los mismos patrones.

Si la actitud verbal que se da en los campos de fútbol de equipos de menores por parte de adultos y de padres es similar a la que se tiene en los grandes estadios sería comparable a emborrachar a los pequeños en Nochevieja o a hacerlos partícipes en las sesiones de transgresión sexual que puede darse en ciertas fiestas o carnavales.

La no violencia en los estadios no significa que la sociedad sea pacífica. En los Estados Unidos, país donde apenas hay conflictos en las gradas de los estadios, sus calles son las más violentas de occidente, allí la agresividad se libera de forma mucho más lesiva. Tampoco la violencia

física en el juego no se corresponde con una actitud más agresiva entre el público. En las artes marciales o en el rugby, deportes con mucho contacto físico, el público es mucho menos violento que en el fútbol donde el que el contacto de los jugadores en el campo es menor.

En Europa y América Latina el comportamiento del público es diferente al de los Estados Unidos y a su vez muy heterogéneo. El periodista Buford para investigar el funcionamiento de los "ultras" se integra en los Manchester United entre 1982 y 1990; en su libro *Entre los vándalos*, relata la importante trama económica y de bandas de sicarios que gira en torno a estos grupos con implicaciones de índole mafiosa. Otro autor, Ryszard Kapuściński, en el libro *La guerra del fútbol* analiza el conflicto que desencadenó el partido entre Honduras contra El Salvador, durante la fase de clasificación para el Mundial de Fútbol de México de 1970.

El fútbol y ciertos espectáculos deportivos de masas, como bien demuestra en su tesis, el actualmente senador, Jordi Salvador Duch en *El futbol metàfora d'una guerra freda (El fútbol, metáfora de una guerra fría)*, es un ritual una catarsis colectiva. Un punto de vista que ya expuso a principios de la década de los 70 Vázquez Montalbán:

«Miles de espectadores aguardan impacientes el instante en el que el *medium* esté en trance y les ponga a ellos en trance, al borde mismo del orgásmico instante de la victoria.»

Evidentemente el desenlace de estos rituales depende del entorno social y de su fuerza identitaria. El Barça durante el franquismo era mucho más que un espectáculo deportivo como tan magistralmente expuso Vázquez Montalbán en la revista *Triunfo* en 1968 en uno de los artículos más geniales que se han hecho sobre la vinculación de un equipo con la identidad casi clandestina de una población:

«...Es el Barça la única institución legal que une al hombre de la calle con la Cataluña que pudo haber sido y no fue. Y con ese médium mantiene una relación ambivalente de amor y rechazo, de fanatismo y crítica despiadada aunque una y otra vez vuelva, domingo tras domingo, al Nou Camp.»

Actualmente el Barça es uno de los espacios públicos de más trascendencia mediática donde la ciudadanía catalana que quiere la independencia puede mostrar al mundo de manera totalmente pacífica sus anhelos y sin ni un vestigio de violencia.

Un ejemplo de máxima instrumentalización política del deporte, aplaudida por todo el mundo, fue la estrategia de Nelson Mandela al utilizar la selección de rugby sudafricana como elemento de cohesión identitaria de un país, Sudáfrica, roto en dos sociedades, la blanca y la negra, separada por los años de apartheid, como tan magistralmente lo relato John Carlin.

No se puede ser tan ingenuo y pretender que el deporte no se politice ¿Qué criterios se siguen para otorgar las sedes de campeonatos del mundo o de los Juegos Olímpicos? Hitler organizó los Juegos del 1936 ¿Por amor al deporte a los valores olímpicos o para mostrar en un escaparate publicitario la eficacia de su régimen? Los países del antiguo Telón de Acero ¿Invirtieron millones en el rendimiento deportivo pensando en la salud de sus deportistas dopándolos hasta las cejas? Los ayuntamientos recortan presupuestos en deporte popular y a la vez compran las acciones de los clubes de fútbol arruinados ¿lo hacen para fomentar los efectos de la práctica deportiva sobre la salud? Con la crisis que hay ¿Puede considerarse violencia contra la sociedad que el Estado haya permitido que los clubes multiplicaran por 2,5 la deuda con hacienda y seguridad social entre 2005 y 2015 hasta llegar a los 738,5 millones de euros?

Creo que la única respuesta a las preguntas es que el deporte, como la educación, la sanidad, la televisión y cualquier actividad social está totalmente politizado, no obstante los mismos agentes políticos que gestionan y controlan el deporte se rasgan las vestiduras y alegan que

politizan el deporte cuando se emplea la plataforma deportiva para dar visibilidad a conflictos sociales que no son del agrado del poder dominante.

Los Juegos de México 68 se recuerdan por la “politización” que hicieron los tres medallistas de los 200 metros por reivindicar los derechos de los negros en USA, pero el COI miró hacia otro lado tras la matanza de estudiantes que hizo el ejército Mexicano por protestar por el gasto que hizo el gobierno cuando habían otras prioridades sociales.

Ahora se sanciona la presencia de banderas Independentistas del Camp Nou alegando que se politiza el deporte y que se incita a la violencia (jamás ha habido ni un puñetazo en Cataluña en las grandes manifestaciones independentistas), pero que los chinos compren el Real Club Deportivo Español no es política ni pérdida de soberanía nacional.

El deporte de masas es macropolítica es decir macroeconómica y geopolítica y solamente tiene sentido si genera grandes beneficios económicos y políticos. Esto solamente es posible llenando estadios, captando audiencias televisivas millonarias, llenando horas de informativos, vendiendo camisetas y banderas. Con un deporte fiel a los principios de Coubertin del siglo XIX ni se llenan los estadios, ni se venden camisetas.

Los Estados fomentan el deporte espectáculo por su función de dar salida emocional a la población. No obstante cuando el desencanto personal y social es muy grande, la terapia controlada de los gritos en las gradas resulta insuficiente. Quienes necesitan dosis mayores de catarsis, cualquier anécdota en el campo o la grada enciende una mecha y se traspasan los límites de la violencia simbólica de las gradas hasta llegar en algunos casos al vandalismo. Un vandalismo que no es nuevo ni patrimonio del fútbol. En otras épocas fueron los toros. El día de San Jaime de 1935 (pónganse en el contexto social del momento) en la plaza de toros de la Barceloneta, los toros salieron mansos, el público caldeado quemó cuantos conventos encontró en su paso por Las Ramblas. En un contexto social tranquilo la quema de conventos habría sido impensable.

La agresividad en los grandes eventos deportivos, espectáculos de masas y en muchas fiestas populares no podrá ser erradicada en una sociedad cargada de tensiones e injusticias. De acuerdo que es un mal ejemplo, pero es mucho más vergonzante para una sociedad ver a personas durmiendo en la calle, muriendo en el mar o, sin salir del marco del deporte más cercano, la actitud de los adultos frente al deporte infantil.

Considero que el problema real y más grave de la violencia en el deporte en nuestro país está en los miles de partidos de categorías menores que se juegan cada fin de semana. Aquí sí que se deben respetar todos los valores que expresa la Carta Olímpica. No es un hecho esporádico ver a padres y entrenadores gritar como energúmenos insultando a árbitros y a jugadores imberbes de los equipos contrarios. Para gritar e insultar están los estadios y los jugadores que cobran millones para desempeñar esta función social. Se debe tener tolerancia cero cuando desde la grada y de algún banquillo, hay adultos que animan a sus hijos o pupilos a partir la crisma al defensa contrario e incluso, llegan a agredir a árbitros aún adolescentes.

Que dos jóvenes jugadores se discutan y se den algún sopapo es tan natural como pelearse en el patio del colegio; sería anormal un niño que jamás se hubiese pegado con el hermano o con un compañero. Si esto sucede en el campo, se actúa según el reglamento deportivo y aquí acaba todo el problema. Pero esto no tiene nada que ver con la violencia verbal o física que puedan desplegar los adultos en la grada o saltando al campo en partidos de menores. Cuando esto sucede se debe actuar y aplicar a rajatabla el código penal.

El pasado abril en un partido de prebenjamines un padre la emprendía a puñetazos con el árbitro, un año antes los padres de los jugadores patearon al segundo entrenador, de 17 años, del equipo contrario. El caso más surrealista sucedió hace unos días, en Galicia cuando el padre

de un jugador juvenil, agredió al entrenador por haber substituido a su futuro “Maradona” durante el partido.

Frente a esta violencia, aunque solamente sea verbal, las instituciones deportivas y las de protección del menor están tardando mucho en actuar con eficacia para cortar por lo sano. Cuando saltan a la prensa los actos de violencia física se provoca el escándalo, pero esto solamente es la anécdota. La realidad es un goteo constante de insultos y amenazas de adultos, a jugadores y a árbitros que aún no tienen edad para votar, a jugadoras que por el hecho de ser mujeres les dicen de todo y no digamos si quien arbitra es una chica.

Si un profesor en clase dice tonto a un alumno por hacer mal una tarea se le abre un expediente, pero si este mismo profesor que además entrena al equipo de fútbol del colegio, insulta al mismo alumno en un partido de fútbol, no se le da importancia.

Las gradas de un campo de juego de niños o de deportistas aficionados no es el mismo contexto de los grandes estadios donde los que juegan son millonarios y saben que sin pasiones desaforadas en la grada no se recaudaría dinero suficiente para cobrar aquellos sueldos. Insultar desde la grada a un árbitro en un campo con 30.000 personas no es lo mismo que hacerlo desde la banda a un chaval de 15 años que arbitra a niños de ocho.

Joan Rius Sant

jroustrainer@gmail.com